CAPÍTULO LXXII. *Que Cortés prosigue su retirada por la vuelta de Tlaxcalla, cargando siempre los mexicanos; y se dicen los españoles que en esta refriega quedaron muertos y presos, y otra gente que murió en las acequias*

ON ESTE TRABAJO SALIERON los castellanos a la tierra firme, quedando muertos ciento y cincuenta soldados en la refriega, con cuarenta presos que fueron sacrificados y ciento que volvieron a la torre de el templo, adonde se hicieron fuertes tres días y por la hambre se dieron y murieron la misma muerte. Perdióse todo el bagaje, el artillería y cuanto tenían. Los que menos oro tomaron y más ligeros iban, pelearon mejor y libraron sus vidas. Faltaron todos los prisioneros que llevaban y cuarenta y seis caballos y cuatro mil indios amigos. No pudo Cortés tener las lágrimas, por tan gran pérdida. Acordóse de lo mal que hizo en no visitar a Motecuhzuma, luego que llegó a Mexico de vuelta de la costa y Vera Cruz, y no haberse salido cuando pudo, sin peligro y de haber repartido el tesoro que tanto daño hizo. Consideró la mudanza de la fortuna; dolíanle los amigos muertos y verse con tan poca gente huyendo, sin saber a dónde, sin comida ni socorro; pero encomendándose a Dios, recogió y ordenó los que tenía, que serían quinientos soldados y veinte y seis caballos. Preguntó por Martín López, halló que estaba allí y holgó de ello y también de que no se hubiesen perdido Gerónimo de Aguilar, ni Marina. Y porque cargaban los indios con buena orden se encaminaron a Tacuba. Aquí se subió un castellano sobre un cerezo y se estuvo hasta que viendo volver los indios de el alcance de Cortés se metió en unos maizales, adonde halló otro y se fueron salvos a él y dijo que los que volvían le parecían más de doscientos mil indios. En esta tan temeraria noche (que los españoles la llamaron la noche triste) le mataron a Cortés a sus proprios ojos un paje, llamado Juan de Salazar, en la misma calle de Tlacupa, luego a los principios de la refriega; y asimismo se mostró muy valerosa en este aprieto y conflicto María de Estrada, la cual, con una espada y una rodela en las manos, hizo hechos maravillosos y se entraba por los enemigos con tanto coraje y ánimo como si fuera uno de los más valientes hombres de el mundo, olvidada de que era mujer y revestida de el valor que en casos semejantes suelen tener los hombres de valor y honra. Y fueron tantas las maravillas y cosas que hizo que puso en espanto y asombro a todos los que la miraban. Casó esta señora con Pedro Sánchez Farfán y diéronle en encomienda el pueblo de Tetela, a las faldas de el volcán; y muerto este primer marido, casó luego con Alonso Martín Partidor y vivieron en la ciudad de los Ángeles, hasta que murieron. Fue uno de los soldados que se salvaron en este trance, Juan Tirado, hombre valiente. Éste fue el que hizo la ermita después que llamaron de los Mártires en este mismo lugar, como en otra parte decimos; pero duró poco este nombre, pues tampoco les convenía a los muer-

tos que iban cargados de oro y huyendo, por sólo salvar las vidas; y ésta es la que Herrera dice, que hoy día se llama de los Mártires, la cual se derribó y ya no hay memoria de ella. Al amanecer llegaron a un barrio que se llamaba Popotla, y Cortés y los capitanes y indios fueron peleando por un camino que va a Tlacupan, hasta llegar a este lugar, siempre de noche, adonde no hicieron daño ninguno los naturales a Cortés, de que se quejaron los mexicanos y siguiendo siempre a los cristianos; iba Cortés adelante, siguiendo la retaguardia, por el hilo de los muertos; pasó adelante, y llegó a una quebrada, adonde se vieron en trabajo; volvió Cortés a ver lo que pasaba; dio ánimo a todos su presencia, porque los indios los fatigaban. Llevaba un castellano tres mil pesos de oro y dijo: señor, ¿qué haré de esto, que no puedo andar? Respondió Cortés: dad al diablo el oro si os ha de costar la vida y echólo y salvóse con los otros. Sería ya salido el sol, cuando tomaron un pequeño templo llamado Otoncalpulco y en este trecho (según dice fray Bernardino de Sahagún) mataron los indios enemigos a los dos hijos de Motecuhzuma que iban guiando a los españoles. Llegados a este lugarejo, parece que milagrosamente nuestro señor Dios movió los de un pueblo que estaba allí cerca, que se llamaba Teocalhuican, con otros de otro llamado Tliliuhquitepec, que eran otomíes de Tlaxcalla, los cuales estaban poblados entre esta nación mexicana y tenían muchos amigos mexicanos; y venidos todos juntos con refresco para los castellanos, se les ofrecieron a su servicio y prometieron de serles amigos, porque aborrecían a los mexicanos, por cuanto su rey Motecuhzuma los tenía muy opresos y molestados con cargosos pechos y tributos; y en este socorro, que estos atribulados hombres tuvieron en esta ocasión, podemos considerar la grande misericordia de Dios; porque el haber castigado a estos españoles, fue muy justamente hecho; y el no permitir que todos fuesen alabados y ordenar que hubiese quien les favoreciese y acariciase, fue sapientísima y clementísimamente ordenado, para que el propósito que él tenía de hacer misericordia a estos idólatras, convirtiéndolos a su santa fe, procediese de la clemencia que usó con los españoles, que mereciendo ser todos acabados por sus pecados, perdonó a los que eran necesarios para la conclusión de este caso; y como sabidor de todas las cosas, tenía sabido lo que había de suceder a los españoles y dio orden, para que aunque muriesen muchos no se acabasen todos y que hubiese estas gentes, que en este conflicto los favoreciesen y socorriesen, como hemos dicho.

Tenía el templo de este pueblo Otoncalpulco una torre, en un alto, siendo todo el campo raso adonde los caballos alanceaban muchos indios y aquí se señaló mucho Gonzalo Domínguez, hombre diestro y valiente. Desde lo alto de la torre todavía se ofendía a los indios, de manera que no llegaban tan atrevidamente. Detúvose Cortés, esperando si acudían los castellanos que habían quedado en los maizales; llegaron muchos y un sopuerta con muchos flechazos que por hacerse muerto, escapó. A este templo llamaron de la Victoria y después Nuestra Señora de los Remedios. Entendióse que los indios hicieran mayor daño si no se ocuparan en robar

los muertos y los principales en llorar a los hijos de Motecuhzuma, que también hallaron muertos en el camino. Los falsos amigos en los peligros faltan a los necesitados; pero como Dios es infinitamente sabio y bueno, todas las cosas que hace son buenas y muy acertadas y encaminadas al bien de los hombres, el cual como ab eterno, ordenó, en qué tiempo y por quiénes habían de ser descubiertos y conquistados los moradores de estas Indias Occidentales; y por qué ministros habían de ser cultivados en las cosas de su santa fe católica, habiendo ya llegado este tiempo por él ordenado y señalado en su mente divina, para que esta gente idólatra y obscurecida en las tinieblas de sus errores fuese alumbrada en su santa fe; y aquellos que fueron enviados al descubrimiento de esta tierra no fueron herejes, ni moros, ni turcos, ni judíos, ni gentiles, mas fueron cristianos católicos, obedientes a la santa iglesia romana, españoles, gente la más limpia en las cosas de la fe católica que en estos tiempos hay, los cuales por ser católicos cristianos estaban obligados por el voto de el bautismo hacer cristianamente todo lo que convenía al servicio de Dios nuestro señor y al buen tratamiento de sus prójimos (aunque infieles), y si esto ellos hicieran a los principios no permitiera los grandes males que les vinieron ni que ahora se vieran en este riesgo y peligro; pero como quería salir con su intento y propósito de convertir a estas gentes, remediólo de manera que aunque este día salen tan desbaratados y con tanta pérdida, al fin guarda las reliquias de estas gentes para que de todo punto no perezcan y puedan salir del poder de sus enemigos, aunque con los trabajos y riesgos dichos. Pasaron, pues, los castellanos este día a otro pueblo llamado Acueco y allí tuvieron la noche con harto temor y sobresalto de los mexicanos, recelando la gran copia de gente que podía seguirles; hicieron lumbre con más de cuatro carretadas de varas y flechas que habían tirado los enemigos combatiendo el templo. Pasaron una noche muy triste y trabajosa, acordándose de lo perdido y del riesgo grande en que estaban de presente, de perder lo que quedaba, con tanta penuria y deshonra; algunos de cansados y fatigados se tendieron por aquellos suelos a dormir; los demás se pusieron en vela y estuvieron esperando el fin de su vida y rogando a Dios que tuviese por bien de haber misericordia de sus ánimas por sentirse cargados de culpas y muy rodeados de enemigos y esperándolos por momentos. Fue Dios servido de que los tlaxcaltecas y mexicanos se ocuparon en recoger los despojos de los muertos y las riquezas de oro y piedras que llevaba el bagaje y en sacar a los muertos de aquella acequia y a los caballos y otras bestias, porque quedase limpio y desembarazado el lugar y todo lo echaron en unos sumideros hondos que estaban allí cerca. De manera que quedó limpia el acequia de todo lo que había allí caído; y por esto no siguieron el alcance y los españoles pudieron ir poco a poco por su camino sin tener mucha molestia de enemigos. A los indios les pesará después de no haber querido seguir este alcance, porque puesta la ocasión en las manos y perderla es caso que pocas veces vuelve a recuperarse y lo más cierto es perderse. Plutarco[1] cuenta que yendo los galos contra los romanos y habién-

[1] Plutarc. in vita Furij Camil.

dolos vencido y puesto en huida, no quisieron seguir el alcance, y dice que los bárbaros casi no creían haber hecho una victoria tan grande y que en lugar de ir tras de ellos y de seguirlos cobraron tanto placer que se olvidaron de la victoria y se quedaron allí a reposar y a partir entre ellos el despojo que habían hallado dentro del real de los enemigos; y que si hubieran proseguido calurosamente su victoria contra los romanos que huían, ninguna cosa pudiera estorbar que la ciudad de Roma fuera de aquella vez destruida y todos los que se habían quedado dentro de ella heridos y muertos y era grande el espanto que ponían los que iban huyendo a los que los acogían y la turbación y enajenamiento de sentido de que ellos iban llenos. Pero porque se quedaron y no prosiguieron la suerte de su próspera fortuna, perdieron esto y esotro y salieron después huyendo con ignominia. Lo mismo cuenta Lucano del gran Pompeyo, cuando en los campos Emathios dio la batalla a su suegro Julio César, que siendo suya la victoria y habiendo puesto en huida al enemigo, lo dejó de seguir y perdió, por esta compasión u remisión, la gloria que tantos años había conservado en sus victorias y vino después a morir vil y apocadamente a manos de este su mortal y capital enemigo. Los mexicanos, que vieron el destrozo hecho y los muchos que quedaban muertos de los españoles y el mal avío que llevaban los que huían, no los siguieron, contentándose con lo hecho y pareciéndoles que iban tales, que apenas escaparía con vida ninguno de ellos y así los dejaron ir y se volvieron a despojar los cuerpos de los ahogados. Pero quien a sus enemigos popa (como dice el refrán) a sus manos muere. Fuéronse los españoles retirando y saliendo de aquel peligro hasta mejor ocasión que volvieron. Algunas veces me obligan las materias de esta historia a salir del estilo ordinario y común de las cosas que se van tratando y ponerlo en más levantado y subido punto del ordinario, por serlo las consideraciones que al propósito se ofrecen, de las cuales, aunque hagamos alguna pausa en esta jornada, que los nuestros llevan hacia Tlaxcalla, destruidos y arruinados, es fuerza dejarlos en el camino, por volver a decir lo que me parece que se puede colegir de este hecho que, como hemos dicho, era la victoria de estos indios y por no seguir el alcance, no la alcanzaron de todo punto. Para cuyo intento hace muy al caso lo que le sucedió al rey Joás, con el profeta Eliseo,[2] que estando a la muerte y visitándolo el rey y pidiéndole consejo contra los de Siria, sus enemigos, le hizo traer un arco y flechas y le mandó que las tirase al suelo, lo cual hizo el rey tres veces y no más, a lo cual le respondió el profeta: si no te cansaras, sino que dispararas el arco cinco y seis y siete veces, otras tantas vencieras a Siria, pero no los vencerás más que tres veces, pues no tuviste ánimo para más. Bien se echa de ver en este hecho, que el rey iba siguiendo el alcance contra los sirios, pero cesó de tirar y paró en la consecución de sus victorias; pues ¿qué fue la causa de esto? A esto responde el Tostado,[3] y dice que Dios impidió a Joás, para que no hiriese la tierra muchas veces, porque es verdad que tenía ordenado que todas las veces

[2] 4 Reg. c. 13.
[3] Tost. in 4. Reg. cap. 13 quest. ? 14.

que hiriese el suelo con saetas, tantas vencería a sus enemigos; pero no tenía determinado que Joás destruyese y asolase de todo punto a Siria; y por esto movió su corazón a que tres veces la hiriese y no más, que era hasta donde quería que se aventajase el rey, pero no a otra cosa. Y esto le es muy fácil a Dios, porque como dice en los *Proverbios*, el corazón del hombre está en la mano de Dios y lo vuelve y revuelve a la parte que quiere; y así vemos el de el rey Pharaón,[4] endurecido y hecho más que de piedra, contra la libertad de los hijos de Israel; y dice la Sagrada Escritura que le endurecía Dios el corazón y hemos de decir que todo esto era merecido de sus pecados, como también lo fue el no vencer de todo punto Joás a Siria[5] por los suyos y por los de su pueblo (como lo dice también el Tostado, en otra cuestión adelante) y por esto, aunque parece que llevan hecha la victoria, se les deshace y vuelve en vencimiento, porque por sus grandes pecados no la merecieron. Y esto se verifica en estos indios que la tenían hecha, pero suspendióla Dios y diósela después a los españoles, sus enemigos, por sus grandes pecados, que ésta es la causa que muchas veces toma Dios para dar fuerzas aventajadas a los enemigos y los incita contra ellos, como parece en Nabuchodonosor que los incitó contra los judíos y le dio fuerzas aventajadas para que no pudiesen resistir su potencia, ni defenderse de su ira. Esto dijo Isaías: levantará una señal de lejos en las gentes y silbará tan recio que se oiga el silbo allá en los fines de la tierra (que se entiende por la venida del rey Nabuchodonosor) y luego dice: veislo aquí donde viene con grande aceleración y presteza, no es acabado, no trabaja, no dormirá, ni se le tocará el cíngulo con que viene ceñido, ni se le cortará la correa del zapato; su arco es fuerte y sus caballos ligeros y de cascos más duros que el pedernal y sus carros más impetuosos que una repentina y deshecha borrasca y tempestad. Todo esto causaba Dios en Nabuchodonosor, para que prevaleciera contra los judíos y contra todos aquellos que quería castigar por mano de este su ministro, como parece por Hieremías,[6] que dice: yo hice la tierra, al hombre y a las bestias y di todas estas cosas a aquel que quise y fue de mi gusto y voluntad y ésta tierra la he puesto en manos de Nabuchodonosor mi siervo, rey de Babilonia y le he dado las bestias de la tierra, que le sirvan y otras muchas gentes, que le sirvan y muchos y muy grandes reyes, que le obedezcan; y todas las gentes que no se sujetasen a Nabuchodonosor serán muertas a hierro y a cuchillo. Todo esto hacía Dios en castigo de su pueblo, por sus pecados; y como Nabuco era ministro de Dios, para castigarlos, dábale fuerzas para prevalecer contra ellos. Esto sucede en esta ocasión, que castiga Dios los pecados de estos indios por medio de Cortés y de sus soldados y así les da fuerzas; y aunque parece que van vencidos y que según fuerzas humanas son los mexicanos los vencedores, entra Dios de por medio y atájales el camino y ordena que no los sigan y que se vuelvan, para que después los otros los acaben. Y pasada media noche, determinó Cortés

[4] Prov. cap. 21.
[5] Exod c. 4.
[6] Isai. c. 5.

de partir la vuelta de Tlaxcalla con menos de cuatrocientos castellanos y seiscientos indios amigos y veinte y tres caballos. Hizo ocho capitanes, dio la vanguarda a Diego de Ordás y él tomó la retaguarda, puso los heridos en medio, con nuevo sentimiento de su desgracia; mandó que nadie saliese de la orden que llevaban; partió a la sorda, guiando un tlaxcalteca a poco más o menos porque no sabía bien el camino.

Andada media legua, fueron sentidos, cargaron los indios, fueron peleando dos leguas hasta el otro lugar llamado Teocalhuican, cuyos moradores les habían venido antes con refresco y aquí hallaron un templo con una buena torre. Cinco de a caballo toparon una gran emboscada de indios y pensando los indios que era el ejército castellano, huyeron y reconociendo que eran pocos los de a caballo volvieron, juntáronse con los otros, todos cargaban y peleaban. Reposaron en este lugar y templo hasta el día que salieron para Tepotzotlan, pueblo grande, por camino fragoso, llamándole de los Patos porque había muchos. La gente de Tepotzotlan, dice Herrera, que huyó y que no osó aguardar a los españoles; pero el padre Sahagún (a quien sigo en esto, por parecerme que habla con más personalidad) dice que fueron recibidos de sus moradores y que se aposentaron donde mejor les pareció y tomaron lo necesario para ir adelante y durmieron allí aquella noche; pasaron de aquí otro día al pueblo de Citlaltepec (porque iban buscando el camino de Tlaxcalla) cuyos moradores no los osaron esperar y desamparando el pueblo se fueron a los montes y escondieron en cuevas y concavidades de la tierra, dejando sus haciendas y casas yermas y desamparadas. De aquí pasaron a Xoloc, cuyos moradores hicieron lo mismo que los de Citlaltepec. Otro día partieron de este lugar y llegaron a un monte que se llama Aztaquemecan y en la falda de él hay un pueblo que se llama Zacamolco; aquí se aposentaron los españoles y hicieron noche, pero los moradores de él no los aguardaron y se fueron a los montes a esconderse y aunque en estos pueblos no hallaban gente que les estorbase la entrada en ellos, salíales empero por los caminos a inquietarlos, donde recibían gran molestia de ellos y de la hambre, porque comían yerbas; y un castellano aquejado de la hambre abrió a otro muerto y le comió los hígados y Cortés le mandó ahorcar y no se hizo a ruego de muchos. En una quebrada dio Diego de Ordás con gran multitud de indios; reparó algo para ordenarse, pensaron que lo hacían de miedo; un valiente castellano tomó una bandera a Barahona y dijo: Santiago, y a ellos, y sígame quien pudiere; todos le siguieron porque ya estaban tan usados a pelear que sin miedo ponían sus cuerpos a los flechazos; mataron muchos indios y los otros huyeron y el paso quedó libre a la retaguarda. Seguían los indios por lo llano y un soldado, dicho Hernando Alonso, con hambre, se apartó ocho pasos a comer de unas cerezas; Alonso de Ávila le tiró una lanza, hiriole en un brazo, de que quedó manco; y este castigo fue necesario para la conservación de todos, porque en desmandándose el soldado, le cogían y le sacrificaban. La hambre apretaba; no había qué

[7] Hier. 27.

comer, sino acederas, cerezas y cañas de maíz, que era pestilencia; y la lástima era de los enfermos. Pasaron la noche en este lugar y porque mataron el caballo a Martín de Gamboa, peleando bravamente, le cenaron de buena gana, hallándose Cortés al repartimiento, y la cabeza cupo a siete o ocho que hicieron fiesta con ella; y aquí llegaron cuatro castellanos que en los cerezos, que hay muchos por el camino, se habían quedado fatigados de la hambre, la cual sufrían los tlaxcaltecas con singular valor, cuyas lástimas en los peligros eran notables; pedían en esta retirada el ayuda de Dios echándose en el suelo, mordiendo la tierra, arrancando yerbas y, alzando los ojos al cielo, decían: dioses, no nos desamparéis en este peligro, pues tenéis poder sobre todos los hombres; haced que con vuestra ayuda salgamos de él. Salió el ejército de este lugar, otro día de mañana, siguiendo los indios y rabiosamente metiéndose por las lanzas y las espadas. En llegando a un gran llano, un indio de gran cuerpo muy galán y empenachado, con rodela y macana, desafió uno por uno a los castellanos; salió a él Alonso de Ojeda y tras él Juan Cortés, esclavo negro del capitán general; no esperó el indio, o porque fueron dos o porque los quiso llevar a alguna emboscada.

CAPÍTULO LXXIII. *De la batalla que en estos llanos de Aztaquemecan tuvieron los castellanos y mexicanos; y del recibimiento que se les hizo en Tlaxcalla*

DESPUÉS QUE LOS MEXICANOS y tlatelolcas hubieron concluido con los muertos y puesto en cobro el despojo que habían juntado, recogieron toda la gente que les fue posible, los cuales armados y a punto de guerra salieron tras de ellos con ánimo de acabarlos a todos de esta salida. Fueron con la mayor priesa que pudieron y alcanzáronlos en las faldas de este monte, llamado Aztaquemecan, en un lugar llamado Tonan, que es en los términos o cerca de los términos de Otumpa; alojáronse los indios mexicanos aquella noche que llegaron en las faldas o laderas que le caen a este monte a la parte del poniente, y los españoles estaban en la otra parte del que mira al oriente; y llegaron los indios con tanto secreto que no se entendió por los nuestros su llegada hasta muy tarde que lo supieron; pusieron los mexicanos sus centinelas toda la noche para que los españoles no se les fuesen secretamente; pero los castellanos luego que amaneció (no quiriendo combatir con el enemigo, porque a la necesidad antes es bien hacerle la puente de plata) tomaron su camino, la vuelta de Tlaxcalla; y ya que se habían apartado un buen trecho de aquel monte, los que velaban y atalayaban desde encima del monte, comenzaron a dar voces llamando los mexicanos, diciendo: ah mexicanos, qué hacéis, que ya vuestros enemigos se van huyendo; los cuales acudieron a las voces y comenzaron a seguirlos con grandes alaridos y ruido de bocinas y como iban